

un papel que acababan de darle. Mas de sesenta horas hacia que Maurevert le atisbaba tras fuerte reja y con el arcabuz al ojo esperando un tiro seguro. Viólo entonces á su alcance; y disparó el arma. En seguida se sintió herido el buen Almirante; y sin mostrar en su rostro, en su gesto, en su continente, ni en su paso emocion alguna, señaló con exactitud la vivienda cercana, de cuyas rejas partiera el disparo. Lanzáronse á una sus compañeros sobre tan sucio cuchitril; y no dieron con alma viviente. Habíase partido y escapado el homicida. Coligny llegó por su propio pié á su lecho; y recibió del inmortal cirujano Ambrosio Paré, la primera cura. Como este gran sabio se hallara de súbito sin sus mejores instrumentos, la operacion resultó muy dolorosa; pero Coligny no pestañeaba, y cuanto mas crecian los esfuerzos del cirujano para recomponerle su brazo roto y su mano herida, mayor serenidad mostraba, encargando á su ayuda de cámara que repartiese gruesas sumas entre los pobres de la parroquia en conmemoracion piadosa de aquellos horrorosos instantes. El Rey de Navarra y el príncipe de Condé se apresuraron á visitarle. Y cuando entraban les dijo que vieran á dónde le habia conducido su reconciliacion reciente con los Guisas. Varios de los gentiles-hombres que acompañaban á los dos ilustres príncipes requirieron sus espadas y juraron matar á los reconocidos homicidas. Y Coligny los detuvo, diciéndoles que así como él no habia incitado á Poltrot para que matase al duque de Guisa, indudablemente los Guisas no habrian incitado al reciente asesino para que le disparase á él. Muy descuidado estaba Cárlos IX jugando á la pelota en los patios del Louvre al llegarle tan fatal noticia. Suspendió con rabia la partida, y dijo como jamás obtendria del cielo un minuto de reposo. Ascendió á sus habitaciones en seguida; cubrióse, y tomó el camino conducente á la casa del enfermo. La Reina y Anjou, le siguieron y acompañaron, temiendo cualquier resolucion del Rey por cualquier consejo del Almirante. Las calles que vecinaban á la casa de Coligny veíanse llenas de calvinistas armados, los cuales murmuraban amenazadores al ver pasar juntos á los dos verdaderos asesinos, á Catalina y Anjou. Cárlos IX se lanzó desolado sobre la cama del Almirante, diciéndole que si en su cuerpo estaba la herida, en el alma de su Rey estaban el dolor y la afrenta. Coligny habló al oido de Cárlos IX con la solemnidad propia de un moribundo cuya inteligencia recibe supremas revelaciones de la muerte.

En aquel trance no se acordó ya de sí mismo, acordóse tan solo de su soberano, y díjole como todo cuanto pasaba en su consejo privado se sabia en el consejo de los Felipes y de los Albas, y como la vida de los suyos, su propia real vida, estaban amenazadas por las criminales maniobras de una corte sin pudor y sin conciencia. Catalina tiraba de la ropilla de su hijo para que no escuchase á Coligny, so pretexto de cuán dañoso podria resultar á un tan grave y molestado enfermo aquella larga conversacion. Al salir, quiso la taimada saber de labios de su hijo cuanto el Almirante le dijera. «Pues me ha dicho, señora, respondió Cárlos, que todo el poder real se ha deslizado de mis manos á las vuestras; y así no podemos continuar.» Anjou se acercó entonces al oido de su madre y murmuró estas siniestras palabras: «No hay tiempo que perder si hemos de despachar á Coligny.»

El príncipe asesino pasó en desvelos continuos toda la noche bajo los artesonados aureos de su hermosa cámara. En cuanto cerraba los párpados y extinguía la luz, columbraba en sueños, ni bien dormido ni bien despierto, el férreo Almirante con su luenga barba de profeta y su brillantísima espada de guerrero, llamándole asesino y pidiéndole cuenta de sus mortales heridas. En la madrugada del 23 de agosto de 1572, Enrique se dirigió muy temprano á la cámara de su madre, y con palabras por el miedo sugeridas, y de sollozos entrecortadas, le pintó cuantos peligros corrían ella, él, sus amigos, todos los fieles á la Iglesia, de no inmolar al formidable Coligny con todos sus hugonotes. Catalina reunió inmediatamente un consejo donde se hallaban Birago, canciller perverso, que habia sustituido al honestísimo y justiciero L'Hopital; Rets, italiano henchido del maquiavelismo constitucional y congénito á las cortes italianas, donde naciera y se educara; Guisa, representante de la guerra civil y de la discordia perdurable; Angulema, un bastardo del rey Enrique II, quien, como hijo de ganancia, sentíase capaz de todos los atentados y de todas las aventuras conducentes á granjear poder y riqueza para sus menguados placeres. A este Consejo fué llamado Marcelo, uno de los mayores amigos del Rey en Palacio, á fin de que dijese de cuántos hombres en armas podria disponer en Paris la corte si los necesitaba dentro de un mes. «Cien mil,»—contestó Marcelo.—«¿Y si los necesitara en una semana?»—«Cuarenta mil»—«¿Y si los necesitara hoy mismo?»—«Treinta mil.»—No se

necesitaban mas para emprender un degüello. Convocó el misteriosísimo Consejo á los eclesiásticos de mas nota y les dijo que difundiesen por todo Paris la idea de una matanza próxima, obra preparada de antiguo contra los católicos por los audaces hugonotes. Añadiéronles mas, añadiéronles que habian el Rey de Navarra y sus gentiles hombres jurado sobre las cruces de sus espadas el exterminio universal de los fieles como en desquite ofrecido al poderoso almirante Coligny para templar y consolar sus dolores. En la organizacion del clero, nada tan fácil como difundir esta extraña mentira; y en la sobrecitacion del pueblo nada mas fácil que alzarse á una en armas y proponer el degüello so color de indispensable defensa. Mientras el Consejo deliberaba sobre todas estas infamias, Anjou, acompañado del bastardo Angulema, y vestido mas provocativamente que nunca, se metió en un coche, y se fué á recorrer las calles y á incitar los ánimos para la próxima inevitable matanza. Volvió muy holgado y satisfecho de cuanto habia visto, de las muchedumbres en armas, de las pasiones en ebullicion, de los gritos semejantes á un verdadero rebato, de los juramentos proferidos por todas partes, de las amenazas dichas contra los herejes, del aparato revolucionario parecido al aparato de una inmensa tormenta ó de una horrorosa catástrofe. Tan solo faltaba persuadir al monarca, y llevar su ánimo hasta ceder á los católicos la cabeza de Coligny herido, con la cabeza tambien de todos los suyos. ¡Empresa difícil persuadir al Rey de que necesitaba señalar como una víctima de sacrificio al mismo á quien habia adorado como un escudo de su persona y como un padre de su reino. Arrogóse Catalina la difícil obra del cambio de su hijo. Para comprender su triunfo no hay que olvidar las noticias corrientes, las emociones del ánimo, el combate de los partidos, el furor de la cólera diseminada en los corazones, la terrible alucinacion religiosa de unos y otros, las sendas calumnias difundidas entre los contendientes como regueros de pólvora, hasta el calor y la electricidad de un dia tempestuoso del mes de agosto; y sobre todo, ante todo, los nervios del Rey vibrantes en desorden continuo y tan fáciles de atravesar por una corriente de simpatías hácia los católicos cual por una corriente de simpatías hácia los hugonotes en sus cambios bruscos de temperatura moral y sus saltos vertiginosos de la piedad al crimen. Y frente á frente de tan móvil personaje capaz de volar con alas de

ángel por los cielos y de caer con furores de diablo por los infiernos; tan fácil á la misericordia como á la crueldad; tan susceptible de compasion como de venganza; espíritu abierto á todas las ideas y por lo mismo á todos los errores; ánimo abierto á todos los propósitos y por lo mismo á todos los crímenes; tan idóneo para la virtud como para el vicio; poned frente á ese jóven para todo idóneo, una mujer, su madre, de habilidad suma, de astucia profundísima, de insinuaciones persuasivas, de palabra sibilante, de suma experiencia; y ella pintará con tales colores los recuerdos de las angustias pasadas en las guerras civiles continuas, las maniobras de Coligny contra la corte y sus derechos en otro tiempo; las ventajas de concluir la discordia concluyendo con tal persona; el peligro de una terrible acusacion lanzada con motivo de su herida contra toda la real familia; el amago de un degüello sugerido por el Rey de Navarra y por el príncipe de Condé; la facilidad de una República patricia y calvinista, como la de Ginebra ó la de Holanda, capaz de aprisionar y aun matar al mismo Rey, como Isabel de Inglaterra tenia prisionera nada menos que á una Reina de Francia y Escocia; que Carlos IX alucinado por tanta elocuencia, no solo soltó la vida de aquel á quien llamaba padre, de su respetado almirante, sino que propuso en la embriaguez causada por la palabra de su madre y del auxiliar de su madre, aquel astuto y pérfido italiano conocido con el nombre de Retz, degollar á todos los hugonotes para impedir los horrores de una inmediata venganza. Nosotros apenas comprendemos hoy esto, pero en edad tan cruel, nada mas fácil que decretar aquel degüello. Cuando Catalina y Retz volvieron triunfantes de la cámara del Rey á su Consejo, Anjou lo precipitó con rapidez todo á fin de que no tuviese Carlos ocasion de arrepentirse y revocar sus órdenes. Así, llamó de nuevo á Marcelo, y le hizo prestar juramento de que armaria durante aquella noche con todo sigilo á las milicias ciudadanas. Encargó al duque de Angulema la distribucion de los suizos y de las tropas reales en los sitios mas propios para fortalecer á los asesinos y asegurar la matanza. Inviestió á Guisa de un supremo imperio sobre toda la gente en armas, así militar como civil, y se arrogó él mismo la muerte de su aborrecido Almirante.

El dia 23 recibió Coligny la visita de la reina de Navarra, enviada para consolarle por el rey de Navarra, segun unos, y enviada, segun otros, por el

duque de Anjou para espiarle. ¡Ay! Las guerras de religion habian pervertido en tal modo la conciencia humana, que una princesa jóven, recién casada, hermosa, podia tomar para sí el cargo vil y el oficio de los espías y de los esbirros. Coligny descansaba en una palabra de rey. Guardias reales celaban el ingreso en la calle donde padecia sus dolores el mártir. Suizos del rey de Navarra guardaban la escalera conducente á su cámara. Aquel gran corazon latia de vez en cuando por su familia, por su esposa en cinta, por un hijo de sus entrañas, prenda que no volveria jamás á ver, por todo cuanto en el mundo habia amado; y su idea, desprendiéndose del seno de su corazon, como se desprenden los aromas del cáliz de la flor, elevábase á las alturas para ver y contemplar la nueva Iglesia, por cuya causa padecia, y en la cual, segun su fe y su sentir, se compenetraban y confundian la libertad del hombre con la gracia de Dios, la naturaleza humana con la divina y supra-esencial naturaleza. En estos pensamientos vino la noche, que debia ser en los designios divinos la última del Almirante; y en aquella noche quedaron á su lado algunos suizos del rey navarro en la escalera, y algunos amigos hugonotes en la ante-cámara y en la cámara un sabio como Paré y un sacerdote como Merlin; acorriendo al enfermo el uno con los recursos de la nueva ciencia y el otro con las oraciones del nuevo Cristianismo. A las tres de la mañana, cuando el amanecer no sonreia siquiera ni la noche se iba, algunos caballeros, montados en briosas cabalgaduras, congregábanse á la puerta del Louvre, alegres, en son de fiesta, para cometer el asesinato de un Almirante de Francia y comenzar la matanza de San Bartolomé. Los asesinos llevaban esos nombres llamados ilustres en la vulgar supersticion monárquica; llamábanse Aumale, Montpensier, Angulema, Guisa, apellidos manchados de sangre, títulos horribles, merecedores de odio, y bajo cuya triste advocacion quieren sus herederos aparecer como superiores á los demás mortales y mandar como en su propio patrimonio en las naciones. La caballería del duque de Guisa los acompañaba y custodiábanlos con cuidado los suizos del duque de Anjou, quien, al llegar á tan horrible instante, habia desistido de perpetrar á propia mano el terrible crimen. Bien pronto aquellos caballeros penetraron en la calle y suspendieron el silencio de la noche con el siniestro ruido de las armas vibrando en los aires y de las herraduras rompiendo el pavimento. Los guardias del Rey

abrieron franco paso y se trocaron en asesinos del Almirante. Al ruido abandonó Coligny el lecho, y se envolvió en una bata. El jefe de la guardia real llamó á la puerta en nombre del monarca; y uno de los caballeros, que velaban al enfermo, salió á recibirle. Así que abrió, los asesinos le apuñalaron en el umbral mismo de la puerta. La víctima designada comprendió todo lo que le aguardaba y encomendó á Dios su alma, rogando al sacerdote que rezase por él en seguida el rezo de los muertos. Ambrosio Paré salió al encuentro de los asesinos; y al ver sus ojos siniestros y sus armas requeridas, volvióse á Coligny para decirle que Dios le llamaba inmediatamente á su presencia. Coligny, sin desconcertarse por el peligro, como si no llegasen los rumores aquellos á su oido, exclamó que se hallaba preparado para todo y pidió con grandes instancias á los circunstantes que se salvaran y corrieran para no compartir su inevitable suerte. Todos huyeron por el tejado excepto el alemán Murs, que se quedó junto á su amigo. La puerta de la cámara fué violentamente derribada y dos suizos del de Anjou vestidos con sus colores, blanco, negro y verde, aparecieron á los lados custodiando á los asesinos. Estos eran tres: Attin, criado del duque de Aumale, quien le mantenía de antiguo á mesa y mantel para noches de este horror y hechos de este linaje; Bhome, adscrito á la casa de los Guisas, y recompensado por estos casándolo con una hija bastarda del cardenal de Lorena; y Salaboux, gobernador del Havre cuando la dominaban los hugonotes y renegado, y como renegado vil hasta el punto de acometer la muerte de quien fuera en otro tiempo su jefe y su señor. Attin y el renegado se detuvieron de horror quizás á sí mismos, viendo tan sereno al que iban á sacrificar tan cruelmente. Pero Bhome se hallaba tomado del vino, que se le subiera desde su estómago á su cabeza, y desde su cabeza á su conciencia. Todavía se detuvo para preguntarle quién era, como si no lo supiese, á Coligny, que le contestó reconviniéndole dulcemente por ir contra un enfermo y un anciano. El asesino lanzó un horrible juramento, y le clavó á la víctima su puñal en el vientre. Caido entonces Coligny, al olor de su sangre los otros dos esbirros se cegaron á una y enfurecieron, lanzándose ávidos sobre su cuerpo, en el suelo tendido, y dirigiéndole y asestándole al acaso numerosos y tremendos golpes sin saber dónde herian hasta magullarlo por completo, ni mas ni menos que se magulla en las cacerías á un jabalí mal

rendido. El primero á herirle tenia tal aire, que Coligny avergonzado de acabar en semejantes manos, exclamó que siempre creyera morir violentamente, pero á los golpes de un hombre y no de tal risible monstruo. Repitiéronse las heridas á cientos y magullaron la carne del Almirante como se magulla la carne de un buey ó de un cerdo en vulgar carnicería. Mientras tanto los caballeros de antigua estirpe, los príncipes de régia sangre mas ó menos bastarda, los señores de Francia mas ó menos soberanos, reian y bromeaban, pié á tierra, esperando la conclusion del sacrificio, con las riendas áureas de sus cabalgaduras en las manos y los ojos fijos en las ventanas. El terrible acto duraba tanto tiempo y los golpes menudeaban con tanto estruendo que no parecia cobarde asesinato perpetrado por tres en uno, parecia porfiadísimo combate. Por fin los príncipes gritaron á los asesinos que se apresuraran, y como estos dijieran haber concluido, conjuráronles á dar del hecho una clara muestra. Entonces los asesinos cogieron el cuerpo y lo arrojaron por la ventana. El asesinato se habia hecho tan mal que respiraba todavía el pobre Coligny. En las ansias de su instante último, y en los indeliberados movimientos postreros de su vida, se agarró á un barrote de la ventana, hasta que, rendido por la fatalidad, cayó aplastado sobre las losas del patio. Entonces Guisa le dijo á su cofrade Angulema que se cerciorara de ser Coligny el muerto. Angulema se inclinó sobre aquel inanimado tronco, y no pudo reconocerlo, porque los golpes le habian desfigurado, trayéndole á la cara mucha sangre. El bastardo sacó entonces un pañuelo, y quitando las coagulaciones sangrientas del amoratado rostro, reconociólo; y al reconocerlo solo se le ocurrió dar un puntapié al muerto, cuando quizás no le mirara frente á frente si estuviera vivo. Guisa dió á su vez otro puntapié al enemigo de su familia, y las muchedumbres, tan terribles como los perros y los cuervos en los campos de batalla, troncharon sus miembros y se repartieron sus despojos. Las manos que habian llevado la espada del combate allá en tantas señaladas victorias; los hombros que habian sostenido la nueva Iglesia, donde se albergaba el espíritu de la rejuvenecida fe cristiana; fueron objeto de horribles profanaciones. Un tal Petrucci, criado del duque de Nevers, cortó la cabeza y se la envió á la Reina, quien la recibió con agradecimiento y la embalsamó con cuidado para despues remitírsela por un correo al cardenal de Lorena, á la

sazon habitante de Roma. Así murió el almirante Coligny. Consumado su sacrificio, la campana de San German de los Reyes pudo tocar á rebato y á degüello.

¡Qué mañana! En aquella hora del amanecer, cuando la luz immaculada por los bordes tranquilos del horizonte alboreaba; cuando los pajarillos se decian sus amores en coro sobre los árboles cargados de rocío; el palacio de los reyes, templo del Estado, seguro del derecho, erigido en defensa de los pueblos, vomita sentencias anónimas de muerte contra los vasallos descuidados; mientras el bronce de las iglesias, agitando las lenguas forjadas para pedirle sus ideales al cielo y enviarle los rezos de la tierra, se trueca en pregon de una matanza; y un pueblo, ebrio y fuera de sí, movido por las alevés manos de sus pérfidos y perversos príncipes, degüella sin piedad á niños de pecho y á mujeres en cinta cuyo vientre sagrado lleva las esperanzas y las promesas de perpetuidad para nuestra especie; inmola bárbaramente á jóvenes y ancianos sorprendidos á mansalva en sus hogares, en sus lechos, en sus faenas, rodeados de sus familias; produciendo una catástrofe mayor que la toma de Jerusalem ó la muerte de Pompeya ó el suicidio de Numancia, pues al fulgor siniestro de las teas, al chispear de los puñales, al correr de la sangre hirviente, al resollar de los moribundos, entre los gritos y aullidos de aquel sacrificio, entre los suspiros y resuellos de las terribles agonías, entre los rechinamientos de dientes, entre las convulsiones de tanto crimen, creen la conciencia y la historia no habérselas con hombres, sino con una carnícera especie demente y suicida, del infierno aborto, anatematizada por el cielo, y eterna deshonra de nuestra naturaleza y de nuestro nombre.

La matanza empieza por el palacio mismo de los reyes. Cárlos IX habia recibido bajo su techo á innumerables caballeros calvinistas recomendados por Coligny, así como á toda la servidumbre del rey de Navarra. Huéspedes, segun las leyes inolvidables del culto caballeresco, debian aparecer á los ojos de la hospitalidad antigua inviolables y sagrados como dioses. Ninguno habia de ser exceptuado, ni aunque se hallase protegido por la sombra de una corona en el santuario de un palacio. La hija predilecta de la Reina, su Margot, como la llamaban familiarmente, habia sido entregada, sin advertencias ni prevenciones, á los azares de un degüello. Su madre la vió partirse al aposento